

I

Al oír el motor de un coche, se precipitó hacia la ventana. Pero, a excepción del viejo taxi negro que en aquel momento cruzaba frente al inmueble, la pequeña calle estaba casi desierta.

«Ahí llega», se dijo, y notó cómo se le encogía el corazón.

El vehículo se detuvo un poco más adelante, y un hombre descendió de él. Ahmet se quedó pegado al cristal, mirando cómo el coche arrancaba de nuevo.

«No es ella... ¿Dónde estará a estas horas?», se preguntó.

Se retiró de la ventana y, por enésima vez, consultó maquinalmente su reloj.

El tranquilo silencio del apartamento no aplacaba en absoluto su inquietud. Cada vez que él regresaba y no la encontraba allí —algo que ocurría muy pocas veces— se sentía como un niño abandonado; la casa le parecía triste y el estático mobiliario adoptaba un aire hostil. En aquella ocasión, la atmósfera resultaba aún más sofocante.

Dieron las ocho y media. Ahmed echó un nuevo vistazo a su reloj, y constató que iba tres minutos adelantado.

—No es tan tarde —dijo en voz alta, tratando

inútilmente de calmarse.

Aunque ya lo había hojeado, cogió el diario vespertino; pero casi de inmediato volvió a dejarlo a un lado, consciente de que no sería capaz de concentrarse en nada hasta que su esposa hubiera vuelto. Durante unos minutos, logró permanecer sentado en un sillón, fumando un cigarrillo. Pero, incapaz de quedarse quieto, acabó por levantarse y se acercó de nuevo a la ventana. A lo lejos, una silueta de mujer se aproximaba por la calle, iluminada por las farolas.

«¡Por fin!», pensó, y su pecho se inundó de alegría.

Pero la mujer que avanzaba con paso apresurado no era Celile. En un arranque de impaciencia, Ahmet corrió las cortinas y, a grandes zancadas, comenzó a dar vueltas por la habitación.

A las nueve, Ahmet hizo sonar la campanilla y preguntó a la criada si la señora había dejado aviso de que aquella noche volvería más tarde. Pero no, la señora Celile no había dicho nada.

—Resulta sorprendente... Gracias de todos modos —respondió él, despidiéndola.

Mientras seguían pasando los minutos, Ahmet trató de imaginar la jornada de su esposa. La había desatendido tanto a causa de sus negocios que ya no sabía en qué ocupaba ella sus largas horas de asueto; ni siquiera conocía a las amigas con quienes quizá se había entretenido. No tenía ni idea de dónde buscarla. Decidió que no podía quedarse allí, esperándola sin hacer nada. Con toda seguridad le había ocurrido algo. Se quitó la ropa de casa, se puso un abrigo y bajó las escaleras casi corriendo. Le faltaba el aliento, algo

que últimamente le ocurría a menudo. «También esto es culpa del trabajo... He dejado de hacer ejercicio, ya nunca tengo tiempo para eso. Tengo que adelgazar como sea», se dijo. Sin embargo, al comprobar que la entrada del edificio estaba cerrada con llave, se olvidó al instante de su sobrepeso y comenzó a golpear con brutalidad la puerta de la portería. Ante semejante reacción, la encargada le franqueó la salida, gruñendo:

—Es muy tarde, señor, más de las diez... ¡También yo tengo derecho a dormir!

En la calle, las resbaladizas aceras parecían estar cubiertas por una fina capa de cristal que reflejaba la luz de las farolas. Al llegar a la esquina, Ahmet se preguntó por dónde debía empezar a buscar a su esposa. Con la misma sensación que un ciego extraviado, miró a su alrededor. A lo lejos, con sus ininterrumpidas hileras de coches estacionados, se distinguía el bulevar. De pronto, experimentó la necesidad de llamarla, de gritar su nombre en mitad del silencio de la noche: «¡Celile, Celile!».

Algo le había pasado, sin duda. Nunca se retrasaba tanto sin avisar. ¿Pero era tan tarde en realidad? Su reloj marcaba las nueve y cuarenta y ocho. «Esa vieja holgazana... ¡Siempre tan exagerada!», se dijo, furioso, al recordar las palabras de la portera.

Dio algunos pasos hacia el bulevar, pero se detuvo de nuevo. Tenía que regresar, no podía quedarse en la calle. Celile lo llamaría para decirle que no se preocupara, y él se enteraría entonces de las sencillas razones de su retraso inexplicable. Pero si fuera algo grave... Se negaba a precisar qué temía exactamente. Celile era su razón de ser. Ofrecerle una existencia

agradable, de bienestar y felicidad, era el motivo por el que él había puesto tanta energía, tanta tenacidad en triunfar a toda costa en los negocios. ¿Por qué no lo había llamado por teléfono? ¿Cómo podía ser tan despreocupada? De sobra sabía que él se inquietaría muchísimo con su tardanza. Pero si la viera aparecer entonces, olvidaría de inmediato la angustia que había estado torturándolo toda la tarde.

Llevaba media hora caminando arriba y abajo por la pequeña calle, y Celile seguía sin aparecer. Ahmet se dijo una vez más que resultaba inútil esperarla, y que lo que se imponía era reaccionar. Quizá ella necesitara su ayuda, podría haber sufrido un accidente y encontrarse en el hospital... Sí, eso tenía que ser.

Se dirigió hacia la comisaría más cercana.

No, desde la cuatro solo constaba el hallazgo del cuerpo de una anciana de setenta años —muerta de frío en las ruinas de la antigua madrasa, convertidas ahora en un cuchitril— y el apuñalamiento de una prostituta en un bar de Gálata.

Al marcharse de allí, tomó un taxi. Era probable que su mujer hubiera regresado en aquel intervalo.

Una vez en su domicilio, subió las escaleras a todo correr y apretó el timbre con violencia. Pero fue la criada quien abrió la puerta.

—¿Y la señora?

—No ha regresado...

—¿Ha llamado por teléfono?

—No, señor.

—¡Esto es para volverse loco! —exclamó Ahmet.

—Yo también estoy muy intranquila. La señora

suele volver a casa en torno a las ocho y media.

¿Cómo? ¿Más tarde de las ocho, y habitualmente? ¿Dónde iba Celile cada día? Nunca le había hablado de aquellas salidas. Siempre estaba allí cuando él volvía tarde, incluso parecía estar aguardándolo. Debía de ser terrible para ella tener que esperarlo, completamente sola.

Permaneció varios minutos sentado en el sillón, con la cabeza entre las manos. De pronto, se le ocurrió que Celile podía estar en casa de sus tíos, retenida por algún imprevisto. Quizá alguno de ellos había caído enfermo y, con los nervios, a su mujer se le había olvidado avisarle.

Esperanzado, descolgó el teléfono.

—¿Hola? ¿Eres Şukran? Buenas noches, soy Ahmet. ¿Está Celile con vosotros?

—...

—Se ha ido de casa a las cuatro y aún no ha vuelto. Estoy muy preocupado.

—...

—No, no ha dicho nada.

—...

—Sí, yo también lo he pensado, pero no ha habido ningún accidente.

—...

—No se me ocurre con quién. No conozco a ninguna amiga suya con la que pueda haberse quedado hasta tan tarde.

A medianoche, sonó el teléfono. Llamaban de la comisaría. El comisario le dijo:

—¿Sería usted tan amable de pasarse por aquí?

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—No puedo decirle nada por teléfono. Lo espero, entonces.

—¿Ha ocurrido un accidente?

—Un incidente, más bien. Venga lo antes posible, por favor.

Ahmet, lívido, entró trastabillando en la comisaría.

—¿Y bien? —preguntó.

Tras algunos rodeos, el comisario se lo explicó. Acababan de descubrir el cadáver de una mujer joven y guapa en Medjidiye Keuy. El cuerpo, que presentaba una herida en la cabeza, había sido arrojado desde un vehículo en marcha.

Ahmet, derrumbándose sobre una silla, murmuró, casi desfallecido:

—No puede ser...

—Tenga en cuenta que la identidad de la víctima todavía nos es desconocida. Nada indica que se trate de su esposa. Como vino a preguntar hace un rato, pensamos en usted, por si acaso ella... ¿Quiere acompañarnos?

El trayecto en el coche de policía fue una verdadera pesadilla para Ahmet. Por fortuna, la joven que yacía en la cuneta no era Celile, pero su cadáver resultaba alucinante: tirado allí, con la falta remangada que dejaba al descubierto su piel blanca, la mirada fija... Solo la muerte podía otorgar a alguien una expresión tan hierática, una indiferencia tan rígida.

Ahmet cerró los ojos para espantar aquella visión.

La criada lo esperaba en el descansillo.

—La señora no ha vuelto todavía —dijo—. Es-

toy muy preocupada...

—Afortunadamente, no era ella —murmuró Ahmet, mientras se pasaba una mano por la frente.

Sonó el teléfono. Ahmet se abalanzó sobre el aparato.

—¿Sí?

Reconoció la voz de Şukran.

—¿Ha vuelto ya?

—No —dijo Ahmet.

—Pero eso es terrible... ¿Y la Policía?

—No saben nada.

Colgó y se desplomó en el sillón, pálido e inmóvil, incapaz de pensar. Allí estaba la desgracia. La sentía. Le pesaba la cabeza, los oídos le zumbaban.

Se sobresaltó: volvía a sonar el teléfono. Agarró febrilmente el aparato.

—¿Señor Berkan? —dijo una voz de hombre que le resultaba familiar, pero a la que no conseguía poner nombre.

—Soy yo —respondió Ahmet.

—Le habla Muhsin Demirtaş. Llamo de parte de la señora Celile.

—¿De parte de mi mujer?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

Demirtaş parecía vacilar.

—¿Qué le ha ocurrido? Quiero saberlo... —repitió Ahmet, con la voz temblorosa de impaciencia.

Demirtaş respondió, secamente:

—La señora Celile ya no volverá a su casa.

—¿Cómo?

—Le ruega que no la espere.

—Pero ¿qué está diciendo? —gritó Ahmet—. Explíquese, por lo menos.

—No puedo explicarle nada por teléfono. Me gustaría que nos viéramos a solas.

—¡Quiero verlo a usted ahora mismo! ¡Sin perder un minuto!

—No estoy en mi casa, señor Berkan. No puedo recibirlo. Mañana, a partir de las siete, en mi despacho... Estaremos solos y se lo explicaré todo.

Y con aquellas palabras, Muhsin Demirtaş colgó el teléfono.